

encuentra entre los narradores como Froissart, entre los escritores atildados como Carlos de Orleans, entre los versificadores gárrulos y huecos como Gower, Lydgate, Occleve. Nada de frutos, sino flores pasajeras y frágiles, mucha hojaresca inútil, mucha más mustia ó seca: he ahí esa literatura. Es que no tiene ya raíces; después de trescientos años de esfuerzos, acabó por cortárselas un pesado instrumento subterráneo. Ese instrumento fué la filosofía escolástica.

## VIII

Porque bajo toda literatura hay una filosofía. En el fondo de cada obra de arte existe una idea de la naturaleza y de la vida humana. Esa idea guía al artista; el poeta, sépalo ó no, escribe para hacerla sensible, y los personajes que forja, como los hechos que combina, no sirven más que para sacar á luz la sorda concepción creadora que los suscita y los une. Lo que aparece en Homero es la noble vida del paganismo heroico y de la Grecia feliz. Lo que aparece en Dante es la dolorosa y violenta vida del cristianismo exaltado y de la Italia rencorosa; de suerte que de cada uno de los dos podría sacarse una teoría del hombre y de lo bello. Lo mismo acontece con los demás: la literatura varía, nace, florece, degenera ó acaba, según las variaciones, el nacimiento, el florecimiento, la decadencia ó la inercia de la concepción matriz. Quien implanta la una implanta la otra; quien mina la una

mina la otra. Poned en todos los espíritus de un siglo una gran idea nueva de la naturaleza y de la vida, de modo que la sientan y la crean con toda su alma y todo su corazón, y los veréis, poseídos de la necesidad de expresarla, inventar formas de arte y grupos de figuras. Arrancad de todos los espíritus de un siglo toda gran idea nueva de la naturaleza y de la vida, y así, no sintiendo la exigencia de expresar los pensamientos capitales, los veréis copiar, callarse ó desbarrar.

¿Qué se ha hecho de esos pensamientos capitales? ¿Qué trabajo los ha elaborado? ¿Qué investigaciones los han nutrido? No es celo lo que faltó á los obreros. En el siglo XII es admirable el entusiasmo de los espíritus. Ningún edificio de París hubiese podido contener la muchedumbre de los discípulos de Abelardo; cuando se retiró á una soledad, le acompañó tal multitud, que el desierto trocóse en una ciudad. No retrocedían ante nada. Se cuenta el caso de un joven que, maltratado por su preceptor, quiere seguir con él á todo trance, á fin de aprender. Cuando vino la terrible enciclopedia de Aristóteles, completamente desfigurada é ininteligible, la devoraron. Una sola cuestión se ofrecía como pasto á su pensamiento, la cuestión de los universales, tan abstracta, tan árida, tan enmarañada con las oscuridades árabes y los refinamientos griegos, y en ella se cebaron durante siglos. No obstante lo pesado é incómodo del instrumento que se les transmitía, el silogismo, se hicieron dueños de él, agravaron aún su peso y le hundieron dondequiera en todos sentidos. Construyeron infinidad de libros monstruosos, catedrales de silogismos, de una arquitectura desconocida, de una labor prodigiosa, erigidas con una intensidad intelectual extraordinaria, y que toda la acumulación del trabajo humano no ha podido igualar



más que dos veces (1). Aquellos juveniles y valerosos espíritus, creyendo ver el templo de la verdad, se precipitaron á ciegas, por legiones, con una velocidad y una energía de bárbaros, hundiendo la puerta, escalando los muros, abalanzándose al recinto, y se encontraron en lo hondo de una fosa. Tres siglos de labor en el fondo de esa negra fosa no añadieron una idea al espíritu humano.

Porque ved las cuestiones que los agitan. Parecen andar, y no hacen más que revolverse sin dar un paso. Al verlos sudar y afanarse, se creería que van á extraer de su corazón y su razón alguna gran creencia original; y toda creencia les es impuesta anticipadamente. El sistema está hecho; no les queda más que ordenar y comentar. La concepción no procede de ellos, sino de Bizancio. Van á consumirse, por su parte, en reproducir esa concepción, infinitamente complicada y sutil, obra suprema del misticismo oriental y de la metafísica griega, tan desproporcionada para su inteligencia juvenil; y por remate van á abrumar sus manos novicias con el peso de un instrumento lógico que Aristóteles había construido para la teoría, no para la práctica, y que debía permanecer en el gabinete de las curiosidades filosóficas sin llevarse jamás al campo de la acción. «Si la divina esencia (2) engendró al Hijo ó fué engendrada por el Padre.—Por qué las tres personas juntas no son mayores que una sola.—Que los

(1) Bajo Proclo y bajo Hegel. Duns Escoto muere á los treinta y un años, dejando, además de sus sermones y de sus comentarios, doce volúmenes en folio de letra menuda, en estilo de Hegel, sobre el mismo asunto que Proclo. Véase también Santo Tomás y toda la hueste de los escolásticos. Hasta después de haberlos manejado no se tiene idea de aquella labor.

(2) Pedro Lombardo, *Manual de las sentencias*. Es el libro clásico de la Edad Media.

atributos determinan las personas, y no la sustancia, es decir, la naturaleza.—Cómo las propiedades pueden estar en la naturaleza de Dios, y no determinarla.—Si los espíritus creados son locales y circunscribibles.» Tales son las ideas que remueven; ¿qué verdad puede salir de ahí? De mano en mano agranda la quimera, abriendo más sus vastas alas tenebrosas (1). «Si Dios puede hacer que, conservándose el lugar y el cuerpo, el cuerpo no tenga posición, es decir, existencia en un lugar.—Si es una propiedad constitutiva de la primera persona de la Trinidad la imposibilidad de ser engendrada.—Si la identidad, la semejanza y la igualdad son en Dios relaciones reales.» Duns Escoto distingue tres materias: la materia primariamente primera, la materia secundariamente primera, y la materia terciariamente primera; según él, hay que atravesar ese triple seto de abstracciones espinosas para comprender la producción de una esfera de bronce. Bajo tal régimen, no tarda en aparecer la imbecilidad: Santo Tomás mismo examina «si el cuerpo de Jesucristo resucitado tenía cicatrices; si ese cuerpo se mueve al moverse la hostia y el cáliz durante la consagración; si Cristo, en el primer momento de su concepción, tuvo el uso del libre albedrío; si Cristo recibió la muerte por sí mismo ó por otro». ¿Os creéis en los confines de la tontería humana? Aguardad. Indaga «si la paloma en que se apareció el Espíritu Santo era un animal verdadero; si un cuerpo glorificado puede ocupar un solo y mismo lugar á la vez que otro cuerpo glorificado; si en el estado de inocencia todos los niños hubiesen sido varones». ¡Paso por alto las digestiones de Cristo, y otras cosas mucho más intraducti-

(1) Duns Escoto, ed. de 1639.



bles (1)! A eso llega el doctor más acreditado, el espíritu más juicioso, el Bossuet de la Edad Media. Aun dentro de ese círculo de quisicosas, se halla prescrita la respuesta; y, por separarse de ella, se excomulga, destierra y encierra á Roscelino y Abelardo. Hay un dogma completo, minucioso, que ataja todas las salidas; no hay medio de escapar; después de mil vueltas y de mil rodeos, hay que venir á caer bajo una fórmula. Si intentáis volar por encima en alas del misticismo, ó tratáis de ahondar por debajo á favor de la experiencia, os aguardan á la salida manos violentas y engarabitadas. El sabio pasa por mágico; el iluminado, por hereje; los valdenses, los cátaros, los discípulos de Juan de Parma, perecen en la hoguera; Rogerio Bacon muere á tiempo para no ser quemado. Bajo esa coacción, se deja de pensar, porque quien dice pensamiento dice esfuerzo inventivo, creación personal, labor fecunda. Se recita una lección y se salmodia un catecismo; hasta en el paraíso, hasta en el éxtasis y en los más divinos arrobamientos del amor, Dante se cree obligado á dar testimonio de memoria fiel y de ortodoxia escolástica. ¿Qué harán los demás? Los hay que, como Raimundo Lulio, llegan á inventar una máquina de raciocinio á guisa de inteligencia. Hacia el siglo XIV esa misma ciencia verba-

(1)

Utrum angelus diligat se ipsum dilectione naturali vel electiva?

Utrum in statu innocentiae fuerit generatio per coitum?

Utrum omnes fuissent nati in sexu masculino?

Utrum cognitio angeli posset dici matutina et vespertina?

Utrum martyribus aureola debeatur?

Utrum virgo Maria fuerit virgo in concipiendo?

Utrum remanserit virgo post partum?

El lector hará bien en ir á buscar al texto la respuesta á estas dos últimas preguntas. (Santo Tomás, *Summa Theologica*, edición de 1677.)

lista se desmorona á los golpes de Occam; se reconoce que sus entidades no son más que palabras; se desacredita. Oxford, según el testimonio de Ricardo Fitz-Ralph, cuenta cinco veces menos estudiantes que en el siglo XIII; aún se aderezan sus «barbara» y sus «felapton», pero por rutina. Cada cual atraviesa á su vez y maquinalmente el país de los disputadores rapados, se desuella en las malezas del ergotismo y se carga de una dosis de textos. Eso es todo. El vasto cuerpo de ciencias que debía formar y vivificar el pensamiento entero del hombre se ha reducido á un manual.

Así, poco á poco, gradualmente, ha ido secándose la concepción que fecunda y rige á las restantes; el manantial profundo de donde fluyen todas las aguas poéticas está vacío; la ciencia no suministra ya nada al mundo. ¿Qué obras puede producir el mundo aún? Así como España, renovando más tarde la Edad Media, después del alarde espléndido y loco de la caballería y la devoción, después de Lope y Calderón, después de San Ignacio y Santa Teresa, vino á enervarse con la Inquisición y la casuística, y acabó por caer en el silencio del embrutecimiento, así la Edad Media, anticipándose á España, después de ostentar el heroísmo insensato de las cruzadas y los éxtasis poéticos del claustro, después de haber producido la caballería y la santidad, después de haber dado vida á San Francisco de Asís, á San Luis y á Dante, languideció bajo la Inquisición y la escolástica para acabar en la chochez y en la nada.

¿Es cosa de citar á toda esa pobre gente que habla sin tener qué decir? Se encontrará en Warton (1) docenas de traductores que importan las pobreza de la

(1) *History of english poetry*, t. II.



literatura francesa é imitan imitaciones; rimadores de crónicas, de lo más chabacano que se ha visto, y que no se leen sino porque hay que cosechar la historia por todas partes, hasta entre los imbéciles; zurcidores y zurcidoras de poemas didácticos, que compilan versos sobre la educación de los halcones, sobre la heráldica, sobre la química; redactores de *moralidades* que inventan por centésima vez el mismo sueño, y hacen que la diosa Sapiencia les enseñe la historia universal. Esos hombres, á ejemplo de los escritores de la decadencia latina, no piensan más que en transcribir, compilar, resumir, poner en manuales, en compendios rimados, la enciclopedia de su tiempo.

¿Queréis oír al más ilustre, al grave Gower, al «moral Gower», como se le llama (1)? A veces conserva sin duda un resto de brillo, alguna gracia. Podría compararse al antiguo secretario de una corte de amor, á Andrés el capellán ó cualquier otro, que pasase el día registrando solemnemente los decretos de las damas, y que á la noche, adormecido sobre su pupitre, viese en un semisueño su dulce sonrisa y sus bellos ojos (2). La vena ingeniosa y agotada de Carlos de Orleans corre aún en sus baladas francesas. Tiene la misma delicadeza atildada, casi un tanto melindrosa. La menguada fuentecilla poética alimenta aún un tenue arroyito que corre sobre las tersas guijas con un murmullo tan débil que apenas se oye. Pero ¡qué pesado es todo lo demás! Su gran poema, *Confessio amantis*, es un diálogo entre un amante y su confesor,

(1) Contemporáneo de Chaucer. Su *Confessio amantis* fué terminada en 1386. Más tarde hizo una revisión, suprimiendo todo lo que había dicho de Ricardo II, y añadiendo una dedicatoria al futuro Enrique IV.

(2) *Vox clamantis* (en latín). *Ballades* (en francés).

imitación, en gran parte, de nuestro Juan de Meung, y que tiene por objeto, como el poema de *la Rosa*, explicar y subdividir los impedimentos del amor. Siempre reaparece el tema añejo, y, por remate, la erudición indigesta. Allí veréis una exposición de la ciencia hermética, un curso sobre la filosofía de Aristóteles, una retahíla de leyendas antiguas y modernas, tomadas de los compiladores y estropeadas por la pedantería doctoral y la ignorancia del siglo. Es una carretada de escombros escolásticos; la cloaca se desploma sobre esa pobre inteligencia, que era de suyo fluida y límpida, pero que ahora, entre el cúmulo de tejas, ladrillos y yesones, se arrastra, ofuscada, torpemente. Gower, uno de los hombres más sabios de su tiempo (1), supone «que el latín fué inventado por la antigua profetisa Carmens; que los gramáticos Aristarco, Donato y Dídimo reglamentaron su sintaxis, su pronunciación y su prosodia; que Cicerón le adornó con las flores de la elocueucia y de la retórica; que se enriqueció después con traducciones del árabe, del caldeo y del griego, y que, por último, después de muchos trabajos de escritores célebres, alcanzó la perfección final en Ovidio, poeta de los amantes». En otra parte descubre que Ulises aprendió la retórica de Cicerón, la magia de Zoroastro, la astronomía de Ptolomeo y la filosofía de Platón. ¡Y qué estilo tan pesado, tan deslavazado (2), tan machacón, tan minucioso y plagado de remisiones al texto, como de un hombre que, clavados los ojos en su Aristóteles y su Ovidio, esclavo de su rancio pergamino, no hace más

(1) Warton, II, 225.

(2) Véase, por ejemplo, en el séptimo libro, el pasaje más poético, la descripción de la corona del sol.